

—Con esta orden la Audiencia responde de la tranquilidad del reino y del buen servicio de S. M.

D. Frutos se retiró triunfante llevándose la orden, y el virey quedó enteramente contrariado.

Hubiera querido proteger mas al marqués de San Vicente, que no era para él un personaje tan misterioso como para todos; pero le fué imposible. El virey estaba en una posición delicada.

X.

De como fué llevado á México el marqués de San Vicente, y de como fué conocido allí inmediatamente por una dama.

URIOSAS estaban las jentes esperando de un día á otro la llegada del *Tapado*, como le llamaban ya todos al marqués de San Vicente, por tanto empeño que manifestaba para ocultar sus papeles.

Repentinamente se esparció la noticia de que el virey le habia mandado prender, y creció mas y mas con esto la curiosidad pública; no siendo bastante á distraerla las noticias que de Veracruz habian llegado.

Segun estas noticias, el pirata Lorencillo se habia llevado prisioneros á todos los habitantes de Veracruz, despues de haber saqueado á su gusto la ciudad; y exijia un crecido rescate para poner en libertad á sus cautivos.

Todos hablaban de esto, y concluian por preguntar:

—¿Cuándo llega el *Tapado*?

Pero el *Tapado* estaba ya cerca; en la misma noche que recibió D. Frutos Delgado la orden para su aprehension, despachó correos y encargó que se procediese inmediata-

mente, sin pérdida de tiempo, y se le condujera á México.

La Audiencia presentia cierto vínculo tan misterioso como todo lo que tenia relacion con el marqués de San Vicente, entre éste y el virey, temia la audiencia que se le arrebatara su presa ó que algun accidente imprevisto le colocara fuera del alcance de su poder.

Por eso con toda diligencia le hizo llegar á la capital.

Era la noche del viérnes 4 de Junio de 1683, y un inmenso concurso esperaba en las calles del Reloj algo que debia llegar por la calzada del Santuario de Guadalupe, porque hácia ese rumbo se dirijian todas las miradas, y hácia ese rumbo se encaminaban los mas impacientes.

Desde la tarde se habia reunido allí la jente y hacia ya muchas horas que esperaban impacientándose sin retirarse.

Era que aquel día ó aquella noche debia llegar á México el Tapado.

Los curiosos se preguntaban unos á otros; los que estaban parados interrogaban á los que venian del lado del Santuario, y los que llegaban de la plaza mayor á los que estaban parados en espera.

Se entablaban diálogos entre las personas que andaban en la calle y las que estaban asomadas á los balcones, y la conversacion comenzaba así siempre:

—¿Aun no parece?

Al fin se escuchó una voz que dijo:

—Ahí viene, y ahí viene repitió la muchedumbre y los de atrás se pararon sobre la punta de los piés y alargaron el cuello, y los de adelante se inclinaron de un lado para distinguir lo mas lejos posible, y se llenaron de cabezas los balcones y las ventanas.

La noche estaba hermosa; brillaba la luna en todo su es-

plendor, y sin embargo, en el grupo que avanzaba conduciendo al *Tapado* venian muchos hombres trayendo hachas encendidas.

Este era un lujo de la Audiencia.

El grupo avanzaba en medio de las curiosas miradas de aquella multitud, que deseaba conocer al *mentado* marqués de San Vicente.

Así llegaron hasta la calle del Reloj.

D. Lope habia entrado á la casa de D^a Laura un poco antes de que llegara el marqués de San Vicente.

—Señora—dijo D. Lope—¿no deseais ver al marqués de quien tanto se habla en México?

—D. Guillen—contestó la dama—bien sabeis que pocas cosas mueven ya mi curiosidad.

—Sin embargo, D^a Laura, el marqués de San Vicente para vos que conoceis ya todos nuestros secretos, es un personaje importante.

—Es cierto, pero como yo no le conozco.

—Tal vez le conoceis: vos, señora, habeis nacido en España, os habeis criado en la corte, teneis familia, parientes.

—Es verdad, pero todos ellos me han abandonado.

—D^a Laura, yo insisto: os suplico que procureis ver á ese hombre, y me digais, si acaso le conoceis, lo que debe pensarse de él.

—Bien, D. Lope, por daros gusto procuraré verle; ¡tardará mucho en llegar!

—No, señora, tengo noticia de que estaba ya en la garita.

—Entonces vámonos—dijo la dama, tomando un manto para encubrirse.

—¿Qué haceis?—preguntó D. Lope.

—Me preparo á salir; ¿no deseais que procure ver á ese hombre?

—Sí, señora, pero yo creia que desde uno de vuestros balcones.

—Oh! eso ademas de llamar mucho la atencion, seria completamente inútil, porque á pesar de la claridad de la noche, no podria yo conocerle á esa distancia; por eso espero que me acompañeis á la calle.

—Será para mí un verdadero placer.

—Pues vamos, D. Lope.

—Vamos, señora.

D^a Laura se cubrió perfectamente con su manto, se apoyó en el brazo de D. Lope y salieron ambos á la calle.

D. Lope sintió que sus nervios se estremecian al contacto del brazo de D^a Laura, y que un fuego terrible corria por todo su cuerpo.

Aquel hombre estaba ciegamente apasionado; miraba á la dama y sentia vehementes deseos de estrechar aquella mano que se apoyaba en su brazo, contra su corazon.

Pero no se atrevió.

Hendiendo verdaderamente la multitud apiñada delante de la casa, D. Lope y su hermosa compañera llegaron hasta los que formaban la primera fila de de los curiosos.

Era el momento en que el preso llegaba allí precisamente.

—Ese á quien llevan en medio de todos.—dijo D. Lope á D^a Laura—ese que viene caballero en una mula, ese es el marqués de San Vicente.

La dama fijó su atencion en la persona designada.

Era este un hombre rica y elegantemente vestido, no traia armas, ni mas abrigo que una capa corta que flotaba

en su espalda y que sin duda por causa de la estacion el marqués no cuidaba de embozarse.

Tenia un ancho sombrero que no le cubria su frente porque lo traia levantado.

En el momento en que D^a Laura llegó, el marqués de San Vicente le daba la espalda porque hablaba con una persona que estaba á su derecha.

La dama esperaba con impaciencia que volviera el rostro, segura de conocerle porque la luz de unos hachones le bañaba enteramente.

Por fin el marqués hizo un movimiento y presentó su rostro á D^a Laura.

La dama lanzó una esclamacion que escuchó el Tapado, porque dió muestras de buscar con inquietud el lugar de donde habia salido aquella esclamacion, pero la dama habia vuelto á perderse entre la jente, y se entraba á su casa arrastrando en pos de sí á D. Lope de Montemayor.

—Le habeis visto, señora?—dijo D. Lope.

—Sí—contestó la dama.

—Y le conoceis?

—Demasiado.

—Y quién es él? señora.

—D. Antonio de Benavides, el hombre de las confianzas del padre Nitardo, del asesino de D. José de Mallades.

—Es decir que pensais que no debemos fiar en él?

—No, D. Lope, no digo tal; este hombre me causa una impresion horriblemente desagradable, porque creo que ha sido el brazo del padre Nitardo en la ejecucion sangrienta de D. José, pero ese es el hombre de la lealtad para la reina, y para el padre Nitardo era un perro fiel.

—¿Así pensais?

—Sí, A D. Antonio de Benavides, quizá nunca me atreveria yo á hablarle, porque se me figuraria ver en sus manos la sangre de Mallades, porque la sombra de mi amante me pareceria que se levantaba entre los dos; pero yo conozco á Benavides; podeis fiaros de él, y antes moriria que descubrir un secreto.

—Os creo, señora.

—Por ahora, á pesar de que no conozco todos los secretos de vuestros planes, y que ignoro las intenciones del virey y de la Audiencia, temo que D. Antonio de Benavides, no salga vivo de esa prision.

—Pero si nada tienen de qué culparle.

—Sin embargo, los reyes y sus representantes no perdonan ni aun la simple sospecha.

—El virey está de nuestra parte.

—Mientras no vea por vuestra parte peligro: el dia en que la suerte os sea adversa, os sacrificará á todos.

La dama calló, y D. Lope se habia puesto sombrío: aquella mujer acababa de decirle lo que él mismo pensaba, pero lo que temia pensar siquiera.

XI.

De lo que pasaba con el marqués de San Vicente despues de su prision.

UE el marqués de San Vicente encerrado en un oscuro calabozo de la cárcel de la Audiencia.

A pesar de que la órden del virey no era mas que una medida de precaucion, ó al menos así se le habia pedido por los oidores; apenas estos la tuvieron en su poder comenzaron á molestarle.

En la misma noche en que le llevaron á México, el oidor D. Frutos Delgado entró á visitar al virey.

—Ahora sí—dijo éste—su señoría estará contento.

—Contento no—contestó D. Frutos—porque jamas puede dar contento á un corazon bien formado, el padecimiento que sufre un semejante aun cuando este padecimiento le venga por justicia, pero sí puedo decir á V. E. que estoy tranquilo.

—¿Y habeis hablado con el marqués.

—No, señor; esta noche quiero verle?

—Yo tambien.

—Es muy justo: en tal caso iré dentro de un momento á saber en dónde quedó alojado y avisaré á V. E.

—Fácil es saber en dónde quedó alojado, que no puede ser en otra parte que en las reales cárceles; de manera que acompañaré á su señoría.

El oidor comprendió que el virey trataba de hablar el primero al marqués de San Vicente y procuró impedirlo, porque estaba en sus planes ser él quien hablase antes.

—Será como lo mande V. E., pero quisiera yo que V. E. me permitiera ir siquiera á saber si el dicho marqués está ya en su prision y si ha despejado la jente.

—Eso lo puede hacer un empleado de mi secretaría sin que su señoría se tome tal molestia, que sabida la razon podemos ir juntos.

El oidor calló, y pensó un medio de desprenderse del virey, pero no le ocurrió, porque era indudable que el virey tenia las mismas intenciones.

Era, pues, preciso esperar, pero esperar sin separarse de allí, porque si el oidor se alejaba, sin duda el marqués de la Laguna aprovecharia el momento para entrar á la cárcel y al calabozo de D. Antonio de Benavides, que como se sabe era el marqués de San Vicente.

Prolongóse la conversacion, porque tambien el virey queria detener á D. Frutos y quién sabe en qué hubiera terminado aquello si el secretario del marqués de la Laguna no hubiera entrado con una esquila que entregó ceremoniosamente.

—Con el permiso de su señoría—dijo el virey y levantándose se acercó á una bujía, rompió el nema de la carta y leyó para sí.

Era una esquila de D. Lope de Montemayor en que le

suplicaba le diese una audiencia secreta en el momento para un negocio muy importante, y agregaba que en aquel instante estaba en espera en la antesala.

La conciencia del virey no estaba muy tranquila en el negocio de la conspiracion; temia que alguna circunstancia le hiciera aparecer como comprometido ante la Audiencia, y el virey conocia muy bien que los oidores eran muy capaces de hacer una revolucion, desconocerlo y apresarlo, dando aviso á la corte.

—¿Tendrá su señoría—dijo á D. Frutos—inconveniente para esperarme aquí un momento? que un asunto del gobierno me llama á otra parte.

—No, puede V. E. retirarse con entera libertad, que antes que todo está el real servicio.

—Entonces vuelvo dentro de pocos instantes.

El virey saludó y salió de la estancia.

Apenas la puerta se habia vuelto á cerrar, D. Frutos tomó su sombrero y salió precipitadamente por otro lado, diciendo para sí:

—Si el virey pretende llegar á la prision antes que yo, trabajos le mando.

Pero el virey en lo que menos pensaba era en ir á la prision de D. Antonio de Benavides, y quizá D. Frutos no llegaria aun á la puerta de la cárcel que estaba en el mismo edificio, cuando el virey hablaba con D. Lope.

—Señor—decia éste—es indispensable que V. E. me dé una orden para hablar con el marqués de San Vicente en su prision.

—Difícil cosa pretende vuesa merced—contestó el virey—porque los oidores vijilan esa prision y seria una imprudencia que v. md. penetrase allí y menos con orden mia.

—Pero es necesario, señor.

—Lo creo, y sin embargo no puedo dar esa orden.

—Es, señor, que el marqués trae pliegos que comprometen altamente á V. E. y á muchas personas de la corte y de esta ciudad.

—¿Qué dice vuesa merced?

—La verdad, señor, la verdad: aprovechando un lijero descuido de sus conductores, el marqués de San Vicente ha hablado con uno de los de su servidumbre, encargándole que me dijese esto, y que importaba mucho que yo le viese.

—¿Qué imprudencia! ¿es decir que ese hombre, ese criado ó lo que sea, sabe que yo estoy comprometido con esos pliegos que conduce el marqués?

—¿Qué remedio, señor? era imposible comunicar la noticia de otro modo, y además el hombre es de toda confianza.

—¿Y cómo se llama ese hombre que tiene mi suerte en su mano?

—Diego de Pineda.

El virey escribió aquel nombre para no olvidarle.

—¿Y qué piensa hacer vuesa merced?—preguntó.

—No encuentro aquí otro camino que hablar con el marqués, lo cual se conseguirá con una orden de V. E. para que me permitan la entrada.

—¿Pero no comprende vuesa merced que la Audiencia desconfía de mí, que vijila todos mis movimientos, que esa orden no hará sino comprometernos mas y mas.

—Es cierto, ¿entonces, qué remedio, señor?

El virey pareció reflexionar.

—Escuche vuesa merced—dijo de pronto—yo debo hablar con ese hombre, es decir, con el marqués; vuesa mer-

ced irá conmigo y aprovechará la primera oportunidad. . . .

—Con tal de que eso sea muy pronto.

—En esta misma noche; no espero mas sino que se retire el oidor Delgado, que es sin duda el mas temible de toda la Audiencia, porque es muy desconfiado y muy audaz.

—Es decir que aquí espero á V. E.

—Espéreme vuesa merced, que de ir tenemos esta noche al calabozo del marqués, aunque sea á las doce.

—No me separaré de aquí.

El virey dejó allí á D. Lope y entró en busca del oidor, á quien habia dejado en la cámara.

Pero el oidor habia desaparecido, y el virey supo que hacia largo rato que faltaba de aquel lugar.

Volvióse inmediatamente á donde estaba D. Lope.

—Vames al instante—dijo—el oidor Delgado quiere sin duda adelantarse para hablar con el marqués y es necesario impedirlo, porque preciso es que nosotros le veamos primero.

El virey se preparaba ya á salir cuando se presentaron D. Martin de Solís y otros dos oidores.

—Maldita suerte—dijo entre dientes el virey.

—Señor—dijo D. Martin de Solís adelantándose—los señores oidores, mis compañeros, y yo, deseamos hablar con V. E. un instante, sobre negocios que interesan al real servicio.

—¿Tan urgentes que es necesario tratarlos esta noche?—dijo el virey con muestras de impaciencia.

—Tan urgentes, que de perderse un instante peligra la tranquilidad del reino.

—Pues tomen asiento sus señorías.

El virey dirigió una mirada significativa á D. Lope; éste tomó su sombrero y salió á esperar á la antesala.

Aquella visita y aquella instancia para hablar con el virey, eran naturalmente de mala fé.

Hé aquí lo que habia pasado.

D. Frutos al salir de la cámara del virey se dirigió, con objeto de ganar tiempo, precipitadamente hácia la cárcel, y cerca del calabozo en que habian encerrado al marqués, encontró á D. Martin de Solís y á otros dos oidores.

—¿Han hablado sus señorías con el preso?—les dijo.

—No, porque esperábamos á su señoría.

—El virey tiene empeño en hablarle él antes que ninguno de nosotros.

—Pues preciso será que no suceda así.

—Apenas he logrado desprenderme de él, aprovechando un momento en que fué llamado, pero no dudo que notando mi desaparicion y creyendo que yo puedo haber venido á la cárcel venga tras de mí, y me impida hablar á solas con el preso.

—Es muy probable.

—Para evitarlo importa que sin perder un momento vayan sus señorías y con cualquier pretesto le visiten, y le entretengan hasta que yo vuelva.

—Iremos—dijo D. Martin.

—Pues no hay que perder tiempo.

D. Frutos siguió para el calabozo, y D. Martin y sus compañeros se dirigieron al despacho del virey.

Ya hemos visto que llegaron oportunamente.

En un pequeño calabozo en el piso bajo de la cárcel de la Audiencia yacia el desgraciado marqués de San Vicente, D. Antonio de Benavides, víctima de la rabiosa lealtad de

la Audiencia, cuando se abrió la puerta y se presentó D. Frutos llevando en una mano el farol de uno de los carceleros.

Apenas penetró el oidor, la puerta volvió á cerrarse.

—Señor marqués—díjole políticamente D. Frutos.

—Mándeme su señoría—contestó D. Antonio.

—He aprovechado un momento en que el virey y los oidores estan en pláticas, para venir á ofrecer á vuesa merced mis débiles pero amistosos servicios; la suerte que ha sufrido vuesa merced me conmueve porque le considero en tierra estraña, víctima de injustas prevenciones y calumniado....

—Ciertamente—contestó Benavides con dignidad—mi situacion no puede ser peor; porque aún ignoro quiénes son mis acusadores, y cuál el delito que se me imputa.

—Realmente hay en todo esto un misterio que yo no alcanzo á comprender, pero que aclararemos si vuesa merced viene en mi auxilio.

—Lo agradecería en el alma.

—Probaremos, ¿vuesa merced tiene en órden sus papeles?

—En órden.

—¿Y en dónde están ellos?

—Existen en las cajas que me han sido embargadas al tomarme preso.

—¿Y no hay allí nada que pueda comprometer á vuesa merced?

—Nada hay mas que los papeles que me pueden salvar.

—¿Y aquí en México no tiene vuesa merced relaciones ni amistad con S. E. el virey ó con algunos caballeros?

D. Antonio comprendió, con esa malicia instintiva de to-

dos los reos, que aquel hombre no le hablaba de buena fé, y con la mayor naturalidad le contestó:

—¡Ojalá! que si tal tuviese, quizá no habria pasado por esta amargura.

—Pues desde hoy cuenta vuesa merced conmigo, pero guarde en esto mucho secreto y sobre todo, con el virey; las cosas están muy delicadas, me perderia sin salvarse: yo volveré: por ahora adios.

El oidor volvió á salir fingiendo que se recataba.

XII.

Como D. Lope logró hablar con el preso y lo que arregló en la cárcel.

 UN hablaba el virey con los oidores cuando se presentó D. Frutos.

—Perdóneme V. E.—dijo—le esperaba cuando recordé que un negocio grave me llamaba en mi casa y quise ir en un momento, esperando volver

al punto.

—Creia yo que su señoría no habia salido de palacio—contestó el virey intencionalmente.

—Sí, señor—dijo algo turbado el oidor—fuí á mi casa.

—Pues ya nos retiramos—dijeron D. Martin Delgado y sus compañeros levantándose.

—En tal caso, yo tambien, que la noche está muy avanzada y S. E. querrá descansar—agregó D. Frutos.

El virey calló, los oidores se despidieron y el virey les acompañó hasta la puerta.

—Vamos, por fin—dijo entrando donde le esperaba D. Lope.

—Cuando quiera V. E.—contestó el caballero.

D. Frutos entretanto salia á la calle restregándose alegremente las manos.

—¿Qué hubo, señor oidor? preguntó D. Martin.

—Que ya supe adónde tiene ese hombre los papeles que le acreditan.

—Entonces nada se ha avanzado, supuesto que sus papeles vienen en regla.

—¿Eso piensa su señoría? pues mire cuánto se ha ganado; pudiendo el marqués presentar sus papeles habria necesidad de ponerle libre y todo estaba terminado, y él y el virey se reirian de nosotros; ahora es imposible, porque yo me apodero de esos papeles y los oculto, el marqués no puede presentarlos, sigue la causa y aun cuando se obstine en negar, llegará la cuestion del tormento y de seguro que declarará todo.

—¿Y si avisan á España?

—Cuando llegue la contestacion de S. M. ya nosotros tendremos las pruebas, y quizá hayamos hecho algo mas.

—Bien pensado ¿y en dónde están los papeles?

—Vienen en el equipaje del marqués.

—Cuyo equipaje no llegará hasta mañana: será necesario enviar un propio para que lo haga venir á dobles jornadas.

—Está seguro y lo mismo es hoy que mañana, todo lo que es preciso hacer es no tomar declaracion al marqués hasta tener esos papeles en poder nuestro, porque si el virey sabe adonde vienen, los toma él, y ya nada podemos hacer.

—Pero exigir que llegue cuanto antes el equipaje.

—Eso seria infundir sospechas, y corroborar el dicho del marqués cuando se queje, como lo hará sin duda, de que han sido estraídos de sus cajas esos papeles.

—Tiene su señoría una prevision admirable.

—Favor que me hace su señoría—contestó hipócritamente D. Frutos—es que he pensado mucho en este negocio.

Los oidores habian llegado hasta la esquina de la calle de Tacuba, allí se despidieron y cada uno de ellos tomó el rumbo de su casa.

D. Frutos siguió adelante por la misma calle de Tacuba, porque vivia en aquella misma calle.

Los demás tomaron el rumbo del monasterio de Santo Domingo.

XIII.

De lo que concertaron D. Lope y D. Antonio de Benavides.

CUANDO el virey, seguido de D. Lope de Montemayor, llegó á la prision, todo el mundo se habia ya retirado. Los presos encerrados estaban ya en sus respectivos calabozos y reinaba allí el más profundo silencio.

El virey no tuvo sino que darse á conocer y penetró hasta el *separo* en que habian puesto á D. Antonio; D. Lope quedó á la puerta con el carcelero.

—¿Conocéisme?—le dijo el virey.

—Sí, señor—contestó el *Tapado*—S. E. el señor marqués de la Laguna, virey de la Nueva-España.

—El mismo; podeis hablar con entera confianza, que solos estamos: debeis traer para mí unos pliegos.

—Sí, señor, para S. E. los recibí en Toledo de manos de la reina nuestra señora.

—¿Y los habeis perdido?

—No, señor, los tengo aquí; felizmente no me han rejistrado al aprehenderme.

—Dádmeles—dijo con febril impaciencia el virey.

El *Tapado* se desabrochó el justillo y sacó de su pecho un papel cuidadosamente doblado.

—Aquí le tiene V. E.—dijo presentándolo al virey.

El virey arrebató aquel papel con tanta violencia, como si temiera que D. Antonio se arrepintiera de entregárselo y le ocultó con tanta precipitacion como si alguien le observara.

—¿Y este es el único pliego que hay para mí?—preguntó.

—El único.

—Guardad el mas profundo secreto; sobre todo, con los oidores.

—Eso mismo me han dicho ellos respecto de V. E.

—¿Es decir que alguno de ellos os ha hablado antes que yo?

—Sí, señor.

—¿Y quién?

—D. Frutos Delgado.

—Ya me lo suponía—esclamó el virey—¡Miserable! pero nada conseguí.

—Preguntóme por mis papeles.

—¿Y qué le dijisteis.

—Que estaban en mis cajas.

—Dios quiera que esa confesion no os perjudique.

—No tuve inconveniente en hacerla, porque sin que yo nada les dijera, habian de encontrar esos papeles en el rejistro que hicieran de mis baules.

—Es verdad: ¿quereis hablar á D. Lope de Montemayor?

—Me seria muy útil.

—D. Lope—gritó el virey.

D. Lope entró inmediatamente.

—D. Lope, hablad un momento con el marqués de San Vicente, mientras lo hago yo con el carcelero.

El virey salió y D. Lope dijo al marqués:

—¿En dónde están los papeles que acreditan vuestra misión?

—En el equipaje que tomaron las jentes de la justicia.

—¿Vinieron con vos?

—No, creo que llegarán dentro de tres días.

—¿Sabes los oidores que allí vienen esos papeles?

—Sin duda.

—Pues si llegan á sus manos, sois perdido; ellos los harán desaparecer y os ahorcarán como á un impostor.

—Pero yo no puedo impedirlo.

—Yo lo impediré.

—¿Cómo?

—Ya lo vereis, pero os salvaré; esto es lo primero, despues veremos lo demas.

—D. Lope—dijo el virey desde afuera.

—Voy, señor—contestó D. Lope, y dijo luego á Benavides—fiad del carcelero, es todo nuestro.

—Una súplica.

—Decid.

—Quisiera hablar con una dama que debe estar en México, y se llama D^a Laura.

—¿D^a Laura!

—Sí, ¿la conocéis?

—Mucho.

—Deseo hablarla.

—D. Lope—volvió á decir el virey.

—La vereis—dijo D. Lope, y salió del calabozo.

El virey estaba impaciente; el papel que le habia dado D. Antonio parecia quemarle el pecho, deseaba llegar cuanto antes á su cámara y reducirle á cenizas.

El carcelero les acompañó hasta la entrada de la prision, y allí hizo una profunda reverencia al virey y volvió á cerrar, no sin haber correspondido una señal de intelijencia que D. Lope le hizo con los ojos.

El virey se despidió de D. Lope y se encerró en su aposento y el caballero salió de palacio.

Apenas se vió solo en su estancia el virey, se acercó á una bujía, sacó los papeles, y sin ver siquiera lo que contenian, los acercó á las llamas y cuidó de que ni un solo fragmento dejara de reducirse á cenizas.

—Ahora—esclamó—bien pueden los oidores hacer con ese hombre lo que mejor les agrade, por mi parte ya estoy tranquilo.

.....

Al siguiente dia por la mañana, D. Lope habló en su casa con D. Gonzalo y con el padre Lozada, y éste mandó en busca de D. Guillen de Pereyra.

El Señorito se presentó á poco; el padre le recibió en una antecámara.

—Tengo necesidad de encargaros un negocio importante—dijo el padre Lozada.

—Mándeme su señoría—contestó el Señorito.

—¿Sabéis que ha sido preso D. Antonio de Benavides, marqués de San Vicente?

—Sí, señor.

—En los equipajes del marqués vienen unos papeles que

importa no lleguen á poder de la Audiencia sino al nuestro.

—¿Y en dónde se encuentra ese equipaje?

—Mañana debe entrar á México: le custodian algunos soldados, y es preciso quitárseles en el camino.

—Comprendo.

—Cuanto encierren las cajas es para los que acometan la empresa.

—¿Y quiere su reverencia que yo me encargue de esto?

—Sí.

—Y en caso de que el golpe se logre, ¿entrego á su reverencia esos papeles?

—No, á D. Lope de Montemayor, en cuya presencia indispensablemente se han de abrir esas cajas.

—Perfectamente; ¿y qué parte me toca del botín?

—A vos se os darán mil pesos.

—Tendrá D. Lope esos papeles—dijo sentenciosamente el Señorito—y aquí mismo le daré aviso para que pueda ir á donde estén las cajas, á fin de que en su presencia sean abiertas.

El padre Lozada despidió á D. Guillen y entró á dar parte de lo concertado á D. Lope y á D. Gonzalo.

Aquella noche, al sonar la plegaria de las ocho, D. Lope llamó á la puerta de D^a Laura y entró como de costumbre.

La dama sintió que un ligero carmin teñía su rostro al ver á D. Lope, pero se serenó inmediatamente.

Aquella mujer sentía despertar algo parecido al amor en su corazón, pero habría muerto antes que sucumbir.

Al menos así lo pensaba ella.

—Señora—dijo D. Lope—tengo para vos un encargo.

—Decid; D. Lope—contestó con dulzura la dama. . .

—D. Antonio de Benavides desea hablaros.

—¿A mí? ¿acaso le habeis dicho que le conocí al pasar?

—No, señora, aun ignoraba que yo tuviera la felicidad de conoceros, pero algo grave quizá pretende deciros, porque me ha preguntado con empeño por vos.

—Es extraño.

—¿Quereis verle?

D^a Laura reflexionó, y luego dijo:

—¿Será posible hablarle?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche á las doce.

—Pero, ¿no está preso?

—Sí que lo está, y sin embargo, yo os acompañaré si lo permitís.